

¿Están irrelevantes las ciencias sociales?¹

HÉCTOR MELÉNDEZ

Departamento de Ciencias Sociales
Facultad de Estudios Generales
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

RESUMEN

Existe un abismo entre la actividad universitaria y la sociedad puertorriqueña, que se manifiesta sobre todo en las ciencias sociales, algo que se hace más notable con el deterioro y estancamiento de la economía y la sociedad en la Isla. En el presente ningún proyecto social, ni estatal ni alternativo, hace uso de la intensa actividad de las ciencias sociales. El autor indica que la actividad intelectual debería estar ‘orgánicamente’ vinculada a la sociedad para impartir a la misma unidad y coherencia y formar algún proyecto, pero en la Isla hay una grave ausencia de esta relación orgánica, así como de proyecto de desarrollo propio. La Universidad de Puerto Rico mantiene la actividad intelectual relativamente aislada de las necesidades sociales y nacionales del país, a pesar del talento abundante de investigadores, profesores y estudiantes. La Universidad se inserta en el concepto del Estado de que la Isla monte una infraestructura al servicio de grandes inversiones extranjeras de investigación y desarrollo científico y alta tecnología, sin estimular las fuerzas que podrían iniciar un desarrollo socioeconómico de Puerto Rico. Un aspecto de la cuestión es la falta de democracia en la Universidad de Puerto Rico. El autor sugiere que en la Universidad existe una ‘dictadura centenaria’. La estructura jerárquica que niega participación a la comunidad universitaria es parte de la dominación colonial norteamericana en la Isla. A los intelectuales se les plantea el reto de organizar su actividad de otros modos, para que su capacidad de analizar y comprender la sociedad pueda intervenir no sólo en los debates internos de la Universidad, sino en el país. [**Palabras clave:** intelectuales, Universidad de Puerto Rico, ciencias sociales, economía de Puerto Rico, sociedad y política, universidad de investigación.]

ABSTRACT

An abyss exists between academic endeavour and Puerto Rican society, especially concerning the social sciences. This is most remarkable given the deterioration and stagnation of Puerto Rico's economy and society. At present no social strategy, either of the State or alternative, makes use of the intense activity of the human sciences. The author maintains that intellectual activity ought to be 'organically' intertwined with society in order to provide the latter with unity and coherence and for a project to exist. No such organic relationship, however, exists in Puerto Rico, and neither exists a strategy of the island to create a project of its own. The University of Puerto Rico keeps academic activity relatively isolated from the country's main social and national needs, despite the great talent shown by teachers, researchers, and students. The UPR participates in the government's concept that Puerto Rico must present the big foreign investments on high technology and bio-science with a local infrastructure, instead of promoting the currents which could begin a social and economic development of Puerto Rico. An aspect of the question is the lack of democracy within the University. A 'century-old dictatorship' exists in the UPR, the author maintains. The hierarchical structure preventing the academic community from participating is a part of colonial rule of the United States in Puerto Rico. Intellectuals face the challenge of organising their activity in new forms, so their ability to understand and analyse society could intervene not only in the internal debates of the UPR, but in the country as a whole. [**Keywords:** intellectuals, University of Puerto Rico, social sciences, economy of Puerto Rico, politics and society, research university.]

La cuestión que se plantea es si en Puerto Rico la actividad intelectual académica que estudia la sociedad se ha convertido en un mercado y se ha recluso en un microcosmos relativamente irrelevante e indiferente a lo social. Mi pregunta no es si son ‘útiles’ las ciencias sociales, sino si hoy existe verdadera solidaridad, de forma orgánica, entre esta producción de conocimiento y la vida social en general; si estas contribuciones universitarias están en la mente y la acción de la sociedad en general porque aporten al mejoramiento de la vida práctica, productiva, política o psicológica, y por tanto circulen a lo largo del tejido social. No parece.

Las ciencias naturales, en cambio, dejan ver una fértil utilidad para las industrias de alta tecnología, o sea para el capital y el Estado y, por otro lado, para movimientos de las clases populares que luchan contra el militarismo, por el ambiente, la salud, la alimentación, etc. Pero entre las ciencias sociales y la vida normal de la gente parece haber, cuando menos, una gran distancia. El tema se articula a un problema mayor, pues parece haberse roto la conexión entre la alta producción cultural del pensar complejo y de vanguardia sobre lo social, y los sistemas que transformaban esos saberes complejos en cultura popular, en enseñanza primaria y secundaria, en técnicas de trabajo, en gobierno y vida civil, en medios de difusión y literaturas. Estos espacios de cultura de masas, por llamarlos de alguna forma, eran el sistema digestivo, por así decir, mediante el cual la sociedad asimilaba los adelantos en filosofía, pensamiento y ciencia sobre el ser humano. Ahora la producción intelectual de reflexión sobre la sociedad carece de un sentido, pues la sociedad apenas le da uso.

Truncas en cuanto a su falta de reproducción ‘molecular’ a través de un movimiento social, sea éste oficial o alternativo, ahora las ciencias humanas deben justificarse ellas mismas, y los académicos dedicados a ellas deben justificar su salario. A menudo la ciencia y teoría sociales se convierten en artículo de consumo de grupos que le dan legitimidad para que sigan existiendo de esta manera. No es casualidad, pues, la indiferencia general en el país hacia las producciones académicas de sesgo sociológico. Un estudio dice algo y resulta indiferente a que otro diga otra cosa, no pasa nada. Un libro hace una contribución importante y se pierde en el olvido en unos pocos días. Un extremo de esta crisis han sido los discursos de retórica complicada y difíciles de entender, deliberadamente inservibles e indiferentes a la realidad social concreta.

Habida cuenta de que las instituciones de educación superior están impedidas de dismantelar los departamentos de ciencias sociales

y humanidades, a menudo implican tomar los cursos para salir del paso pues son requisitos, o insertarse por medio de esos cursos, si se tiene dinero o un trasfondo familiar humanista o ilustrado, en grupos de consumidores de grados y de libros que conducen a tertulias o debates bastante privados en torno a los libros que el mercado de libros determina que son los del momento. Es muy poca, si alguna, la relación entre las ideas dilucidadas en estos círculos y la vida general de la sociedad en lo político, civil, laboral, económico y moral. Atrás queda la búsqueda utilitaria que dio pie a la ciencia moderna, pero también queda atrás el uso que la burguesía hacía del conocimiento sobre lo social, pues prácticamente ya no hace ningún uso de ese conocimiento, sobre todo si es conocimiento crítico. El salario bajo e incierto es aliado del destartamiento del sistema escolar y de la falta de interés y tiempo para leer libros. Por otro lado, la inseguridad salarial exacerba la competencia entre los académicos, que deben mostrar sin cesar a la gerencia que son los más productivos; pero esta productividad es ajena a la sociedad circundante.

No es de poca monta el asunto, y guarda relación estrecha con el problema de si Puerto Rico es en verdad un país moderno o una nación, o es más bien una comunidad bastante pasiva que la caótica dinámica del mercado administra, y su pasividad se reproduce como toda una forma de vivir. Puede que la actividad intelectual dominante se haya dedicado a justificar esta forma de vivir ya que, en su forma, se parece a ciertas imágenes del mundo supuestamente desarrollado.

Circula la insinuación, hecha la mayoría de las veces sutil e indirectamente, de que lo social hoy está vacío o inexistente, y que la realidad es exclusivamente subjetiva. Pero es difícil concluir, como afirmó en su momento el primer ministro derechista de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, que lo social no existe y que sólo existen individuos buscando su interés. Fue un eco neoliberal de aquel darwinismo social del siglo XIX que pretendía justificar el caos y la competencia del régimen capitalista. Pero en otro sentido, señala Zermeño, ‘lo social se desvanece’ a causa de la voracidad del capital, lo cual plantea la cuestión de cómo seguir pensando sociológicamente lo social. Ha sido “brutal” —añade, en referencia a México— el impacto “desordenador, desmoralizador, que nos ha acarreado nuestro enganche con la globalización y con la economía abierta” (Zermeño, 2005: 241).

Los intelectuales trabajan determinados temas esencialmente porque les gustan, y no está nada de mal que les gusten, sobre todo si se les paga por el trabajo. Pero sus frutos no trascienden mucho más ni se insertan en prácticas sociales. Si la disquisición del intelectual se publica

y circula, algunos otros la consumen como una mercancía exquisita, si lo es. Al comienzo de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, José Carlos Mariátegui escribió: “Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencional, deliberada, de un libro, sino a aquel cuyos pensamientos formaban un libro espontánea e inadvertidamente” (Mariátegui, 1989: 11). Los intelectuales universitarios dedicados a la reflexión social a menudo parecen realizar, precisamente, producción intencional y deliberada de libros pero a menudo sin crear un libro verdaderamente, en tanto su pensamiento es sólo un gesto individual, usualmente ubicado en los reclamos del mercado laboral académico. Su quehacer se ha desarticulado de proyectos sociales o corresponde a proyectos imaginarios, en la actitud sentida, a manera de callada fe, de que es moral realizar esa producción aunque no haya indicios de movimiento social alguno que le dará arraigo o uso en la sociedad.

Los académicos tienen que darse cuenta de que sus investigaciones, en general reveladoras de gran talento e inteligencia, sirven para muy poco, en el sentido de que la sociedad no les da uso: el Estado no les da uso. Más bien, el capital aniquila estas masas excedentes de fuerza productiva, de talento, de intelecto, de creatividad y de potencial social y cultural. En Puerto Rico es alta la cantidad de individuos que acceden a la educación superior, en parte a causa del excedente que el imperio americano comparte con los puertorriqueños para que hagan grados universitarios, incluyendo grados superiores en otros países. De manera que la Isla es un territorio pequeño con una cabeza enorme y confusa, y un limitado mercado de empleo que no absorbe toda esa inteligencia y esa cantidad de trabajadores calificados. El aparente ‘superávit’ de intelectuales que ha creado el Estado como parte de la expansión del mercado educativo, es en potencia una rica cantera para las clases populares si los intelectuales lograsen institucionalizar su actividad y talento de forma alternativa. El desorden del capitalismo contemporáneo puede verse como el espacio potencial de un bloque popular de lucha política nueva, un espacio plural de clases subalternas.

Desde luego que la sociedad existe, y sus ordenamientos cotidianos son construidos orgánicamente por la actividad intelectual. Lo que parece que ha ocurrido es que los intelectuales académicos que estudian la sociedad han sido sacados de la labor orgánica de construir la sociedad. Si es acertada la apreciación de Antonio Gramsci de que la actividad intelectual cementa orgánicamente la sociedad por grupos que realizan esta labor cultural en determinadas relaciones sociales,

puede decirse que a pesar de la intensa actividad de las ciencias sociales en el país, en general las mismas se interrelacionan relativamente poco con la vida social. Funciones intelectuales orgánicas las realizan hoy digamos líderes religiosos, *disc jockeys*, raperos, productores de sainetes y programas televisivos, comentaristas radiales, narradores, protagonistas y líderes deportivos, aparatos bancarios y publicitarios, funcionarios del gobierno, productores de reguetón y políticos de la política pequeña. Intelectuales de la producción pornográfica han elaborado discursos indicando que su industria es ‘popular’ y antielitista (Ross, 1993: 223-24). Es notable, por ejemplo, la distancia entre la alta teoría sobre género, la mujer y la sexualidad que se discute con denuedo en programas universitarios, y los modos en que estos temas se abordan a diario en hogares, tribunales, patios escolares, iglesias, espectáculos y medios de difusión, es decir reducidos al ‘sentido común’ de promedios ‘normales’ sociales, criterios legales y burocráticos, farándula y erotismo comercializado. Los jóvenes que estudiaron ciencias sociales y elaboraron su capacidad de analizar la cultura, hallan poco espacio para aplicar su saber, sobre todo creativamente y en función del desarrollo de su pueblo. La necesidad de construir un país, sin embargo, aumenta la importancia de las ciencias sociales, las humanidades y la actividad universitaria en su conjunto.

Reclusión académica

La contribución teórica de Gramsci sobre los intelectuales gira en torno a reconstituir la sociedad y formar o reformar la nación. Cada clase social, dice, al surgir en la historia, genera ‘orgánicamente’ sus grupos de intelectuales, que le son inseparables, quienes organizan el nuevo mundo de producción. Así por ejemplo, el capitalismo generó al empresario, al técnico y al administrador de empresa (Gramsci, 1996: 5). En tanto son orgánicos, los intelectuales producen la membrana que provee coherencia al proceso social, la cultura. Una pregunta es si la tendencia en el ámbito de las ciencias humanas es que cada vez más los intelectuales no sean tanto productores de cultura como consumidores de obras culturales; que no contribuyan prácticamente a producir modos reales de vida social, y más bien sean consumidores de libros, teorías, discusiones, saberes.

No puede desconocerse que la actividad intelectual universitaria tiene, relativamente a otras actividades asalariadas, un componente considerable de placer si las condiciones de trabajo no son muy onerosas. En buena medida son un placer el debate del salón de clases, la lectura,

la visión de nuevas ideas en la propia mente, la conversación, el libre curso de la curiosidad, el aprendizaje, la enseñanza, la interrogante y el viaje hacia la amplitud universalista. Es posible, por tanto, que en Puerto Rico el Estado haya fomentado durante el último medio siglo el consumo de cultura, entendida ésta como objetos de consumo (libros, técnicas, ideas, imágenes, acceso a lugares mundialmente centrales) entre los intelectuales, entendidos estos como académicos con cierta seguridad salarial y lealtad a la institución.

En esta luz los docentes con plaza en la Universidad de Puerto Rico parecen haber sido un grupo mimado por el Estado para reproducir la hegemonía dominante en lo económico, industrial y político, en un clima humanista y liberal. Recluirían sus intensos debates en instancias universitarias carentes de poder (Senado Académico, reuniones departamentales, comités de consulta) a causa de la concentración del poder en instancias inalterables e inapelables en la cima de la estructura. Gozarían de beneficios en cuanto a salario y condiciones de empleo –sin atravesar los rigores de la negociación colectiva– y de algún prestigio entre la comunidad más amplia.

La distancia entre el país y la masa académica –primariamente la de las ciencias humanas– aumenta relativamente en la medida en que los debates de teoría social y de metodología se profundizan y diversifican, y la escuela secundaria y pública se reduce en calidad y valor. No deja de ser cierto que el Estado, la empresa privada y los medios de difusión dan alguna cabida a los egresados de ciencias sociales. Crece la demanda de psicólogos en las agencias, tribunales y empresas; aparecen comentaristas de noticias que aplican rudimentos aprendidos en el estudio universitario de la sociedad; la publicidad requiere sociólogos y psicólogos para sus análisis de mercadeo; las agencias públicas y empresas privadas contratan economistas como consultores; aumenta la demanda de trabajadores sociales y psicólogos en tribunales y otras instancias ante la crisis psicosocial, etc. Sin embargo, la lógica del capital y del gobierno implica una marginación del valor científico, teórico y filosófico de esta fuerza laboral, pues su uso se ajusta ya a estrechos objetivos empresariales, ya a promedios estatales –incluso promedios de males sociales– para técnicas y ‘funciones’ presuntamente remediativas.

Un resultado es que la capacidad intelectual de análisis social y cultural tiende a recluirse en una suerte de escolasticismo. A partir del llamado Renacimiento la voz escolasticismo se usa con cierto desdén, dado el interés moderno en lo ‘real’ y lo ‘humano’, a costa de lo teológico y bíblico. Asociamos el escolasticismo con debates sobre la naturaleza

de Dios, del alma o la Trinidad, pero el mismo no era sino la actividad académica de formación intelectual y metodológica. Se fundó en el debate (o la ‘dialéctica’) por el debate mismo, en la argumentación que cita autoridades que emanan de los textos, y en el desarrollo de la lógica. Plantea ‘cuestiones’, preguntas y respuestas (Le Goff, 1999: 309-12; Luscombe, 1997). Pero, puede decirse, la discusión moderna de textos motivada exclusivamente por el mercado académico, el prestigio o el consumo privado, es un modo de escolasticismo.

Después del siglo XII el escolasticismo a menudo se correspondió con un estancamiento en cuanto a producción de ideas dirigidas a mejorar la vida social y los métodos de producción. Implicó un empobrecimiento en cuanto a teoría y conocimiento. La clase dominante medieval se abstuvo de fomentar estos progresos, en cierto modo contra sus propios intereses, y se redujo a extraer un excedente cada vez mayor para ampliar su estilo de vida fastuoso e inútil. Explotó excesivamente a la clase campesina, marginó y persiguió a quienes buscaban nuevos conocimientos científico-técnicos de la naturaleza, y respaldó las tendencias más reaccionarias y conservadoras de la iglesia. En este clima florecieron los debates inocuos y concentrados en aproximaciones estrechas e inútiles de los textos (Harman, 2002: 145, 148-49). Hay algo de esto en el presente (Eco, 1995).

En cierta manera, la actividad universitaria en las ciencias humanas, constituye un micromundo cuya complejidad –en las ideas, teorías y especializaciones– contrasta gravemente con el deterioro social, la amplia distancia de grandes masas respecto a la letra escrita y la escuela, la ausencia de desarrollo de la sociedad puertorriqueña, y la irreflexión con la cual grupos sociales abordan las relaciones entre sí. Por ejemplo, a pesar de la pobreza y de la ausencia en Puerto Rico de una economía coherente, señala Colón Reyes, no existen en la Universidad de Puerto Rico programas ni cursos para la búsqueda de soluciones. En algunas instancias, como la Escuela de Trabajo Social, se aborda la pobreza pero la orientación es asistencialista. No se promueve que los estudiantes se especialicen en crear alternativas y en estudiar de manera profunda el subdesarrollo de Puerto Rico (Colón Reyes, 2006: 348). En una cierta relación con el mundo social, pues, resulta ‘escolástica’ buena parte de la actividad académica de reflexión sobre cultura y sociedad. En efecto, hace más de veinte años Irizarry escribía que ya era frecuente la crítica de que la Universidad se había ‘estancado’ en el academicismo y el retoricismo (Irizarry, 1986: 110). Este ambiente se corresponde con la resistencia de la clase dominante –el gran capital transnacional– a expandir las teorías, conocimientos y

técnicas que estimulen el desarrollo social y nacional de las masas y países empobrecidos, pues está satisfecha con las ganancias fabulosas que obtiene en la relación presente.

Se ha indicado que Puerto Rico tiene las tasas más altas del mundo en criminalidad, adicción a drogas, alcoholismo y divorcios, además de su economía estancada y su convivencia social en crisis (Rivera Ortiz, 1990: 18). Que la crisis económica de Puerto Rico es de naturaleza ‘estructural’ es admitido por las altas esferas oficiales cuando menos desde la década de los setenta, a la luz de los informes Tobin, de 1975; Echenique, de 1976; y Krepps, de 1979, encargados por el gobierno isleño (Frambes Buxeda, 1990: 87). Sin embargo, prevalece un abismo entre la actividad de las ciencias sociales y la magnitud de estos hechos sociales. En el 2004, el Secretario de Salud del gobierno señaló que en Puerto Rico se expedían al año cerca de 200 mil recetas de medicamentos antidepresivos, sobre todo la ‘nueva generación’ de antidepresivos como Prozac, Paxil, Zoloft, Effexor, Celexa, Remeron, Lexapro, Luvox, Serzone y Wellbutrin (*El Nuevo Día*, 2004a). El gobierno estima que en la Isla hay más de 178 mil personas dependientes de drogas y más de 186 mil que abusan de ‘sustancias controladas’, sin incluir a los deambulantes y los presos (*El Nuevo Día*, 2004a). Según una encuesta de 2002, entre las edades de 15 y 64 años, 7.8 por ciento usaba drogas ilegales y 2.4 por ciento usaba cocaína (*El Nuevo Día*, 2007b). Ese mismo año el gobierno estimó que entre 1999 y 2000 se registraron 168, 990 casos de maltrato de niños (*The San Juan Star*, 2002), y que el 95 por ciento de los menores involucrados en delitos han sufrido maltrato (*El Nuevo Día*, 2004b). Según un informe de la Organización Panamericana de la Salud, Puerto Rico es uno de los máximos exponentes de la violencia interpersonal en el hemisferio americano (*Primera Hora*, 2004).

La Universidad apenas se aproxima a estos datos con una visión integradora, que los articule a las relaciones y luchas sociales y a sus dimensiones políticas, culturales y económicas, y proponga alternativas. A la Universidad de Puerto Rico se le ha pedido mil veces —en vano— que contribuya a formar una sociedad y una economía puertorriqueña sustentable. Se han producido esfuerzos universitarios para apoyar la gestión empresarial comunitaria, por ejemplo los proyectos de Trabajo Social de los recintos riopedrense y de Humacao y otros de las universidades del Turabo y del Sagrado Corazón, pero apenas hay vínculo universidad-sociedad (Medina Piña, 2003: 54). No faltan en el país ni en la Universidad talentosas iniciativas individuales y locales, lo que falta es unidad orgánica entre intelectuales y país.

La ‘autonomía de la élite’ o ‘involución sectorial’ de los académicos brinda capacidad de subdivisión del grupo académico y reproduce sus signos distintivos (Larui, 1991: 129-30). ¿Se trata de una ‘vagancia intelectual’ de la clase media del país colonial, como dice Fanon, o de que los intelectuales de clase media se hayan insertado en un molde ‘profundamente cosmopolita’? (Fanon, 1985: 119-20) ¿Es que esta intelectualidad académica de clase media es ‘narcisista’ y persigue ‘reemplazar’ a la clase media intelectual del país imperial? (Fanon, 1985: 122). Creo que hay que remitirse a los límites objetivos y no sólo subjetivos. No tienen los académicos que echarse la culpa. Es escaso el margen de maniobra de los universitarios puertorriqueños y de quienes creen que las ciencias sociales deben contribuir a transformar la cultura presente. No parece que ello se deba simplemente a las inclinaciones clasistas o ideológicas de los intelectuales, sino además a la dura armazón del poder capitalista y colonial que pesa sobre Puerto Rico, que es más recia todavía en relación con las limitaciones históricas de la formación social del país. He dicho en otro sitio que los grupos intelectuales puertorriqueños tradicionalmente han creado abultados discursos sobre el país y su destino que se corresponden poco con las limitaciones histórico-sociales de Puerto Rico (Meléndez, 1998).

Las debilidades de la formación social son terreno fértil para las simulaciones de los intelectuales (Rivera Nieves, 1993; Aragunde, 1996: 17). Es conspicua la tendencia a imitar la actividad universitaria de la metrópolis, en evasión de la realidad antillana de la Isla. Es una simulación del ‘centro’ por parte del ‘margen’ en momentos en que aparecen en el mundo tendencias notables a superar tal etnocentrismo (Morley, 1996: 334). Esta superación es posible sólo mediante nuevas economías y culturas.

El largo estancamiento de Puerto Rico coloca a las ciencias sociales en una crisis específica, pues éstas deben entender con realismo la dura coerción y buscar modos institucionales originales para ‘actuar’. El Estado colonial apenas hace acopio de la rica actividad de las ciencias sociales y tampoco surgen todavía movimientos anticoloniales de las clases subalternas que, como en el pasado, estimulen las ciencias sociales y sean a su vez estimulados por ellas. Si bien la teoría social nació con la modernidad (Callinicos, 1999: 10-15), en el caso puertorriqueño se frustra repetidamente la añoranza moderna por un drama social que genere movimiento histórico del país. Si las luchas independentistas y socialistas de las décadas de 1960 y 1970 estimularon el estudio y debate sobre lo social en Puerto Rico, es probable que durante la presente fase una resistencia a la opresión resida en los sufrimientos

psicosociales que tanto abundan, ya que las neurosis son un refugio; son un modo de lucha (Freud, 1988: 45-47 y 1989: 732; Pundik, 2003: 124).

Dictadura centenaria

Nuestros intentos por formar la Universidad que el país se merece han sido un fiasco, ha señalado Aragunde en un estimulante estudio (Aragunde, 1996: 18). Rúa ha hecho el pertinente llamamiento a la formación de un 'partido universitario', apuntando a la gran ampliación de la actividad intelectual, la 'nivelación' entre los diferentes sectores universitarios y la proletarización de profesores, estudiantes e intelectuales (Rúa, 1988: 115-28). Pero estas y muchas otras observaciones están matizadas por la premisa de que Puerto Rico posee unos actores sociales con capacidad de intervención en la realidad, análoga a las naciones que usualmente sirven de modelos de los dramas políticos y de donde ha nacido buena parte de la literatura de teoría social.

Las limitaciones que la realidad impone sobre los actores sociales puertorriqueños deberían llevar a una nueva conciencia del aprisionamiento que cancela el protagonismo que quisieran los universitarios y sus discusiones sobre cómo mejorar la Universidad de Puerto Rico, pues se trata de una suerte de represión continua, institucionalizada oficialmente. Debería ser una conciencia que supere la simulación de la intelectualidad del primer mundo y aborde con franqueza la especificidad de la experiencia puertorriqueña, con expectativas ajustadas a la realidad pero en ningún sentido conformistas, coloniales, mediocres, 'soberanistas neoliberales' o 'soberanistas neokeynesianas' (Benson Arias, 2003: 32-34), sino en preparación de una 'guerra de posiciones' (Gramsci, 1996: 57-61, 229-235, 238-239); es decir, una estrategia de un bloque social, pausada y gradual justamente por lo radical que es, que concentre gran voluntad y conciencia estratégica, distendida en el tiempo y el espacio, para lograr que las ciencias sociales y la Universidad incidan en la sociedad puertorriqueña y construyan una solidaridad estrecha con la sociedad. La 'lucha ideológica' que requiere esta estrategia tendrá que abordar los 'conceptos y lenguajes de pensamiento práctico' que han dado estabilidad a una 'forma particular de poder y dominación' y con la formación de nuevas 'visiones del mundo'. Una teoría debe surgir que explique la complejidad de este proceso concreto (Hall, 1996: 27).

La Universidad se rige por un modo de dictadura en que las

autoridades mandan implacablemente y ofrecen escasa participación a la comunidad universitaria, o más bien ninguna, si se miran bien los llamados procesos de consulta. De manera que la rigidez antidemocrática es estructural y resulta de un orden colonial que viene montando a la Universidad de Puerto Rico como un artefacto mecánicamente impuesto desde arriba.

Desde la década de los veinte vienen apareciendo textos reclamando que la Universidad de Puerto Rico esté en contacto con el pueblo de Puerto Rico, participación estudiantil, condiciones adecuadas para la investigación y seguridad de empleo para los docentes. Desde entonces viene denunciándose que la Universidad carece de autonomía real (González Ortiz, 1994: 38-39). En su acucioso estudio, González Ortiz indica que los cambios legales de 1993 confirmaron “el interés absoluto del Estado y la injerencia político partidista sobre la educación superior”, así como la estructura piramidal antiparticipativa, a cuyo tope están el Presidente, la Junta de Síndicos y el Consejo de Educación Superior (CES) (González Ortiz, 1994: 73): una alta burocracia en cuya selección no participa la comunidad universitaria. Rodríguez Ward indica que el de la Junta de Síndicos y el CES es un ‘poder irrestricto’, que muestra ‘arrogancia’ y en cuyo seno se desatan pugnas de poder que afectan el quehacer de la institución (Rodríguez Ward, 2003).

Recientes desmanes indisimulados de la alta jerarquía universitaria han exacerbado las críticas a la ausencia de democracia y puesto de manifiesto el permanente problema del poder desde arriba que impide a los académicos una labor más productiva y libre y crea desorden y desmoralización. Un ejemplo son las alzas en el precio de la matrícula. La alta jerarquía alega que la institución sufre una crisis financiera, sin explicar por qué, y pone a los estudiantes a costear la presunta solución de la crisis. En 2007 anunció el alza en la matrícula a la vez que admitió que no ha realizado un estudio; que existe un superávit; y que se persigue que la Universidad pueda generar más deuda. Otro ejemplo es la otorgación de jugosos contratos a terceros en condiciones de desventaja para la UPR, como en los casos de Plaza Universitaria y del Programa PATSI (Oracle). Para Pérez Rivera la política oficial busca disminuir los costos de producción del proyecto de economía del conocimiento reduciendo salarios y beneficios al profesorado. Las consecuencias, dice, son forzar la especialización de las unidades pequeñas a costa de programas académicos; concentrar el capital tecnológico en las unidades grandes a costa de los presupuestos de las unidades pequeñas; encarecer la matrícula y obligar al estudiantado a emigrar; y dejar fuera a estudiantes de ingresos limitados (Pérez

Rivera, 2007; Vélez Cardona, 2006a). A la vez la UPR tiene la política de eliminar plazas docentes y reclutar profesores sin plaza, que viven en incertidumbre laboral y cuyos salarios son escandalosamente más bajos que los de los docentes con plaza, por hacer las mismas tareas (*Manifiesto*, 2007). Entre 2001 y 2007 los contratos de tiempo parcial aumentaron de 17 a 25 por ciento (Montes Bello, 2007: 37). Para colmo, la cúpula de la Universidad de Puerto Rico incurre en prácticas de dudosa legalidad y ética, como el conflicto de intereses implicado en que el Presidente del Comité de Finanzas de la Junta de Síndicos fuese a la vez Presidente del Banco Santander en Puerto Rico, entidad que, por medio de Santander Securities, maneja más del 80 por ciento de los fondos de inversión de la Universidad de Puerto Rico (Vélez Cardona, 2006a).

Los reclamos de participación y las sugerencias de cómo reformar la Universidad son interminables. Se ha creado una forma de vida universitaria en que es normal sospechar de las instancias de poder y criticarlas, sin cambiarlas nunca. Las continuas discusiones sobre cómo mejorar la institución enriquecen la cultura contestataria de la comunidad universitaria, pero en casi cien años no han alterado la olímpica estructura. Se reitera, por tanto, la necesidad de abordar el mundo social y político circundante, al cual está empotrado el poder despótico de la UPR. En referencia a los magros resultados de la reforma universitaria de 1966, Anderson escribía en los años ochenta: “El problema que teníamos muchos ‘reformistas’ era el de suponer que se podía transformar la Universidad de Puerto Rico [...] haciendo caso omiso, desviando, o al menos manejando, en el nombre de un ideal universitario, las presiones e influencias del ambiente exterior” (Anderson, 1986: 53). Puede que haya algo de vivir en negación, como a veces se dice psicológicamente, es decir, de idealizar la Universidad como lugar que reemplazaría la sociedad deseada –de consenso civilizado, crítico e intersubjetivo–. Este ‘idealismo academicista’ evade que la Universidad es parte del problema (Eagleton, 1998: 33).

Conviene hacerse preguntas saludables: ¿Cuál es el sentido de la Universidad y del trabajo en ella? ¿Es la Universidad de Puerto Rico en verdad una universidad, cuando no está al servicio de su propia sociedad ni de estimular las fuerzas del país, y parece más bien un ensamblaje de artefactos colocados desde las alturas? Un sentido de quienes trabajan en la institución es sin duda el salario. Pero el profesorado, en términos generales, también quiere hacer una contribución a la juventud y al país, y sin su labor cotidiana sería razonable esperar un deterioro mayor de la calidad sociocultural en la Isla. Lo irónico es que

su actividad magisterial e investigativa, de alta calidad, se mantiene marginal en relación con sus posibilidades de potenciar la sociedad puertorriqueña. Está presa en estructuras inamovibles impuestas desde que Estados Unidos montó en Puerto Rico su administración colonial.

La educación superior se ha hecho indispensable para evitar empleos muy mal remunerados. El título universitario conlleva una ‘credencial’ no sólo de relativo prestigio sino de unas destrezas mínimas, en un contexto de disminución dramática del valor de la educación preuniversitaria. Así, a fines de los ochenta, en Puerto Rico el 57 por ciento de los jóvenes en edad universitaria estaban en alguna institución de educación superior (Cao García y Matos Díaz, 1989: 142, 144). Resulta altamente rentable acceder a la educación superior, a la vez que no parece para nada rentable tener solamente el diploma de escuela secundaria, algo que contrasta con los enormes recursos que el gobierno invierte en la educación. En el país hay una brecha entre dos grupos: los que van a la universidad y los que no. Quienes han tenido acceso a la educación superior están en mejores condiciones socioeconómicas, mientras los otros están en peor situación. Luce que la masificación de la educación superior en Puerto Rico ha tenido el resultado irónico de ampliar las diferencias sociales. No es irracional para un individuo, en consecuencia, desertar de la escuela si carece de expectativas razonables de entrar a una universidad (Cao García y Matos Díaz, 1989: 144).

Los egresados de ciencias sociales y humanidades han mostrado capacidad de adaptación y versatilidad (Irizarry, 1986: 110), es decir, habilidad para emplearse en actividades diferentes a las materias que estudiaron o continuar estudios en otras ramas. La gran mayoría de los egresados del sistema de la Universidad de Puerto Rico corresponden a carreras ocupacionales cortas (grados ‘asociados’), disciplinas aplicadas y profesiones; una minoría se corresponde con las ciencias sociales y humanidades. Las universidades privadas dirigen sus esfuerzos casi totalmente a carreras ocupacionales de nivel intermedio y profesional, pues dependen de las becas federales que recibe abrumadoramente su estudiantado. Sus beneficios como empresas privadas dependen de las oscilaciones del nivel de desempleo en el país, que es alto, y del mercado de trabajo (Irizarry, 1986: 116). Entre el 1994 y el 1995, el 59 por ciento de los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico recibían la beca estadounidense Pell; 14 por ciento recibía la beca legislativa; y 9.2 por ciento tenía préstamos federales (Colón Reyes, 2006: 352). El año anterior, un 79 por ciento de los estudiantes provenía de familias con ingresos menores de \$23,999 al año y 65 por ciento venía de familias

con ingresos menores de \$17,999. En el Recinto de Río Piedras se observa una disminución en el número de estudiantes egresados de escuela pública, y en los municipios más pobres el número de personas con bachillerato es más bajo que el promedio para la Isla (Colón Reyes, 2006: 353-54).

Mucho trabajo, poco rendimiento

Como en la década de los treinta, la Universidad de Puerto Rico incluye notablemente grupos de ‘clase media’, aunque esta frase en buena medida se refiere hoy a sectores de la clase trabajadora con salarios más altos que los de la enorme masa sumida en salarios muy precarios, subempleo y desempleo parcial o permanente. Parece que la Universidad de Puerto Rico participa en las fases sucesivas de la universidad norteamericana: educación para las clases altas y énfasis humanista; ampliación del número de alumnos y énfasis en las profesiones, el comercio y las artes liberales; debates entre las áreas humanistas, las científico-técnicas y de comercio; nuevo aumento del estudiantado y multiplicación de grados cortos y *Junior colleges* de dos años; y disminución de las artes liberales y gran ampliación de administración de empresas y ciencia y tecnología —estas últimas asociadas con grandes empresas de capital intensivo y transnacionales—. Como las instituciones estadounidenses, la Universidad de Puerto Rico ha tenido también sus discusiones sobre elitismo versus masificación; humanismo *versus* tecnología; educación general *versus* selección privada del currículo; y compromiso social *versus* compromiso con intereses industriales y financieros (Lucas, 1994). Incluso en Puerto Rico se observa, como en los Estados Unidos, una oposición entre los intelectuales del campus y la sociedad circundante (Kerr, 1991: 189-95). Sin embargo, en la experiencia estadounidense las artes liberales, la administración de empresas y la ciencia-tecnología han estado inextricablemente unidas a la sociedad y economía nacional e imperial. Los grandes intereses económicos que financian la educación superior lo hacen como parte de la actividad económica capitalista estadounidense.

En el caso de la Universidad de Puerto Rico, en cambio, el gobierno criollo financia la institución, pero ésta no contribuye a que surja una economía puertorriqueña. Tal cosa no le ha pasado por la mente. En Puerto Rico la educación superior constituye un subsidio a las empresas extranjeras que invierten capital en la Isla y de cuya actividad se alimenta la incoherente e incierta economía local.

Pareciera que los grupos dominantes ven a Puerto Rico en los términos de John Stuart Mill:

Estas [posesiones de ultramar nuestras] difícilmente han de ser vistas como países... sino más bien como propiedades en el exterior dedicadas a la agricultura o la manufactura, que pertenecen a una comunidad mayor. Nuestras colonias del Caribe, por ejemplo, no pueden ser consideradas como países con un capital productivo propio... [sino son más bien] el lugar que Inglaterra encuentra conveniente para llevar a cabo su producción de azúcar, café y otras pocas mercancías tropicales (Said, 1994: 69; traducción del autor).

El ‘populismo’ liderado por el Partido Popular Democrático (PPD) dio impulso a las ciencias sociales como parte de la reorganización de la Universidad de Puerto Rico en 1942 y del proyecto modernizador (Quintero Rivera, 1993). La Universidad de Puerto Rico y el gobierno daban trabajo a los intelectuales estudiosos de la sociedad, y a la vez el anhelado cambio social daba sentido a la labor de estos. Desde los años cuarenta hasta los sesenta la Facultad de Ciencias Sociales jugó un rol importante para ello. Se creó el Centro de Investigaciones Sociales, el cual estuvo compuesto y dirigido en una primera fase sólo por estadounidenses (Quintero Rivera, 1993: 139-42), en franca manifestación de la mentalidad colonial y occidentalista del rector Jaime Benítez. Después de 1942 las ciencias sociales se distanciaron de aquellos estudios realizados primeramente por escritores puertorriqueños que reflexionaban acerca de los cambios del país, norteamericanos asociados a los grandes intereses azucareros o gubernamentales, o militantes obreros. En el presente, los estudiosos de la sociedad difícilmente se ubican en proyecto social alguno, pues se ha debilitado la ilusión populista de que el Estado encarna al ‘pueblo’ frente a sus enemigos explotadores (Quintero Rivera, 1993: 129-30; González Díaz, 1986). La Universidad es sitio de ‘producciones controladas y puestas en escena’ (Rivera Nieves, 1993: 61).

En años recientes el Estado ha aumentado sus reglamentaciones y regulaciones de la conducta y las prácticas de la gente por medio de leyes, ordenanzas y discursos, en una pesada ‘cultura estatal’ (Zermeño, 2005: 215-19), pero margina la teoría social a la vez que difícilmente se representa como salvador de las clases populares. Más bien se dedica a administrar una crisis perpetua (Amin, 1999). Por otro lado, ha desaparecido el espacio socialista e independentista que en los

años sesenta y setenta alentó el estudio de la sociedad y dibujó, con sus luchas, relaciones sociales que serían objeto de estudio. Este espacio estaba constituido por una pléyade de organizaciones, partidos, grupos de estudio e investigación, periódicos, revistas, medios de difusión y arte, actividades y movilizaciones.

En la actualidad los países subordinados y pobres enfrentan una disyuntiva: se hacen satélites del capital transnacional o forman economías nacionales coherentes e integradas que brinden desarrollo a sus pueblos y clases productivas. La alta burocracia de la Universidad de Puerto Rico nunca se ha apartado de la política del gobierno de Puerto Rico en favor de la primera opción. La tradición ha sido que la expertise y la producción tecnológica provenían de Estados Unidos y otros países industrializados, y en la Isla la mano de obra realizaba funciones enteramente subalternas (Irizarry, 1986: 111-12). Las inversiones extranjeras no han formado una masa puertorriqueña de técnicos, científicos, administradores e ingenieros que se encarguen de una producción –y de investigación y desarrollo científico– en empresas de Puerto Rico, privadas o estatales. Por ejemplo, los planes de explotación del cobre en Utuado y Lares en los años sesenta y principios de los setenta –que afortunadamente detuvo el movimiento independentista– ni siquiera incluían que el Estado asumiera el proyecto o al menos que se creara una escuela de minería en la Isla. Se trataba de otorgarles los yacimientos minerales a las empresas estadounidenses sin que ni siquiera técnicos de Puerto Rico tuvieran algún rol en el proceso de entrega (Mattos Cintrón, 1986: 38).

González Díaz auguraba, en los ochenta, una crisis que incluiría desvalorización de la fuerza de trabajo; procesos acelerados de descalificación y recalificación de la fuerza de trabajo; expansión del ejército industrial de reserva; inestabilidad en el empleo; y reducción de los salarios reales. El capital y el Estado harían nuevas exigencias a la Universidad y el mercado de trabajo operaría exclusivamente de acuerdo a las necesidades del capital. Habría un cuestionamiento grave de la educación liberal que había informado a la Universidad de Puerto Rico durante las tres décadas previas. El llamado Estado benefactor sería sustituido por un Estado vigilante-represivo y necesitado de ‘profesionales de control social’ como psicólogos y criminólogos. El ‘nuevo capitalismo’ reclamaría científicos e investigadores para ampliar los horizontes tecnológicos. Habría un desarrollo acelerado de nuevos sectores: electrónica, energía nuclear, química. Se profundizaría la fusión entre los capitales bancario e industrial (González Díaz, 1986: 30, 32-33).

La política oficial actual, hacia la llamada economía del conocimiento, busca superar la tradición de que la expertise e investigación se realizaban en los países industriales donde ubican las matrices de las corporaciones. Busca crear una infraestructura de ‘investigación y desarrollo’ mediante programas como el Programa Experimental para Estimular la Investigación Competitiva (EPSCOR, del gobierno norteamericano), el Fideicomiso de Ciencia, Tecnología e Investigación, el Centro de Ciencia Molecular y el Complejo para el Desarrollo en Mayagüez. El gobierno y la Universidad de Puerto Rico gestionan fondos norteamericanos para instalar estos centros de trabajo, que estarían al servicio de las líneas de investigación científica y producción de las corporaciones extranjeras que vinieran. Es claro que esta estrategia generará poquísimos empleos, pero no hay que subestimar que, si es exitosa, podría representar ingresos considerables para la Isla durante un periodo.

El emperador está desnudo

La política del gobierno es hacer de Puerto Rico un *global player* en el mercado mundial de alta tecnología: que sea ‘competitivo’ es el adjetivo que usan los funcionarios (*The San Juan Star*, 2007a). Pero las palabras se ‘entienden’ de acuerdo al grado de correspondencia entre el punto en que se genera el código significativo y el punto en que se recibe el significante (Hall, 1993: 93). Quizá sea por eso que el discurso oficial de que debemos ser ‘competitivos’ difícilmente crea una perspectiva de progreso y por tanto no ayuda a una nueva hegemonía de las clases dominantes sobre las clases trabajadoras. No ‘entienden’ ese discurso las clases populares acaso porque sospechan: lo entienden de otro modo. Pues la exhortación a ser competitivos trata de que la Isla compita en el mercado global como enclave: como mero objeto de inversión del capital transnacional. En ningún sentido se trata de competencia entre países industrializados que hacen circular las mercancías que producen y así compiten en el mercado. Puerto Rico ‘competiría’ como lo que siempre ha sido, un sitio barato al cual acude la inversión extranjera mientras le sea rentable, en este caso generando muy pocos empleos, sin ayudar a formar una infraestructura correspondiente a algún proyecto puertorriqueño. Con el adjetivo ‘competitivo’ el discurso gubernamental insinúa que Puerto Rico actúa en el mercado mundial como país industrializado y productor, cuando en realidad un rasgo central de la Isla es su falta de desarrollo.

La alta gerencia de la Universidad de Puerto Rico y del gobierno da curso a su deseo con pasmosa unilateralidad, ignorando datos y debates candentes contemporáneos –y absteniéndose de informarlos y discutirlos públicamente–, por ejemplo que Puerto Rico es uno de los sitios preferidos de las compañías de biotecnología para realizar sus investigaciones con cultivos transgénéticos (la manipulación genética es uno de los temas más controversiales); que desde los años noventa las empresas transnacionales han acumulado un poder enorme en derechos de propiedad intelectual a costa de los intereses de la humanidad subalterna; y que en muchos países se verifica un auge de saberes tecnológicos informados por valores ecologistas y no-occidentales, por ejemplo en esfuerzos agrícolas y cooperativos, en búsqueda de desarrollo social (Ruiz Marrero, 2005: xviii-xix, 19, 208, 219).

La administración de la Universidad de Puerto Rico, sin embargo, califica al Recinto de Río Piedras como una ‘institución intelectual líder’ y supone que la Universidad está comprometida, a causa de la globalización, con una ‘producción intelectual’ y una activa contribución a ‘Puerto Rico, al Caribe y al mundo’ (Universidad de Puerto Rico, 2007: 22-23). Dice que la Universidad de Puerto Rico debe responder a la sociedad así como a ‘la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo, que también redundará en beneficio de la sociedad’. Advierte que las ‘universidades de investigación’ –como la Universidad de Puerto Rico– deben revisar sus ofrecimientos y prácticas, integrando la investigación y la ‘labor creativa’. (Universidad de Puerto Rico: 24-25). Este lenguaje opaco y a la vez gigantista disimula una contradicción en la que se debate la universidad de investigación (un fenómeno de poco más de veinte años): lealtad hacia las compañías para las cuales realiza las investigaciones, que es donde está el dinero, *versus* servicio a la sociedad.

Los críticos señalan que en la universidad de investigación surgen conflictos entre el conocimiento vinculado a las inversiones y la libre diseminación del conocimiento; se reduce la fidelidad del profesorado hacia la institución; y a veces se oculta el nuevo conocimiento por su valor en el mercado (Geiger, 1993: 71). En estas universidades se da un proceso centrífugo: tiende a aumentar la brecha entre educación graduada y subgraduada, y a fragmentarse la universidad como entidad, al extremo de ponerse en cuestión su mismo fundamento (Geiger, 1993: 75). Pero la ideología oficial sobrentiende que es indispensable el vínculo comercial academia-industria, por los beneficios *versus* los costos, y es esa ideología la que da dirección a la ética universitaria (Newson, 2007: 26-27).

La proposición del gobierno y la UPR emite un mensaje de que el país posee una economía desarrollada, mientras profundiza la falta de autodeterminación socioeconómica del país. Ya en los años sesenta la Isla se integraba al mercado interno de Estados Unidos (Mattos Cintrón, 1986: 37-38). Desde fines de los setenta, con el giro que el Partido Nuevo Progresista (PNP) dio a la política económica, se afincaron tres premisas válidas tanto para el PNP como para el PPD, la economía de la Isla: 1) es una abierta, orientada a la exportación e importación, y continuará siéndolo; 2) está integrada a la norteamericana y así debe seguir; y, 3) no puede competir con los países del ‘Tercer mundo’ para atraer capitales, a causa del alto costo de su mano de obra (Pantojas García, 1990: 124). En 1978 el PNP redefinió los términos de la exención contributiva y del tipo de industria que en adelante vendría a la Isla. Sentó las bases para la atracción de compañías de capital intensivo, notablemente farmacéuticas y electrónicas, las cuales implicaban una reducción en el empleo de fuerza de trabajo y, por tanto, mayor dependencia de fondos federales de asistencia social por parte de masas crecientes. La estrategia trazada por el PNP ha sido continuada por el PPD, que ahora procura una ‘economía del conocimiento’ fundada no sólo en atracción de industrias de capital intensivo y de punta, sino en proveerles un grupo local de producción de investigación y desarrollo científico.

Con la revisión del Código de Rentas Internas de Estados Unidos a finales de los setenta, las compañías inversoras en Puerto Rico adscritas a la cláusula 936, para evitar el *tollgate tax*, invirtieron parte de sus ganancias en depósitos en los bancos en la Isla, lo cual estimuló sobre todo al sector financiero, no tanto así al industrial (Pantojas García, 1990: 115-116). Estos depósitos constituyeron un ‘fundamento de la banca local’ (Negrón Díaz, 1986: 70). La inyección billonaria a los bancos produciría un estímulo desmedido al crédito y por tanto al comercio, así como a inversiones financieras (digamos en bienes raíces). Se produjo, pues, la ironía de un país antillano pobre pero con una amplia cultura de endeudamiento y consumismo; con dependencia estructural de fondos federales para acceder a alimentos, educación, vivienda, etc.; y con pocos límites a la voracidad de la banca hipotecaria a pesar de consideraciones ambientales y de uso del espacio.

Institucionalmente hay un abismo, pues, entre los numerosos docentes, especialistas, teóricos e investigadores de la cultura, y el debilitado tejido social del país: entre sociedad y pensamiento sobre la sociedad. No se trata meramente de las inclinaciones o actitudes de los intelectuales, sino del poder inamovible que apabulla a una Antilla

que nunca ha tenido proyecto nacional ni organizado para sí ni para sus fuerzas productivas. Cuestión importante es el grado de éxito que tenga la estrategia capitalista de economía del conocimiento, pues la misma es una máscara que simula desarrollo, sólida cultura productiva, primermundismo. Ofrece a Puerto Rico como una flamante mercancía en venta mientras se agudiza la crisis social. Justamente por el análisis teórico y científico, las ciencias sociales –los estudiosos y analistas de la cultura– pueden echar luz sobre lo que no se ve a simple vista y yace tras la alegación de que Puerto Rico es competitivo. Este discurso evade la pertinente pregunta de por qué enfatizar en la competencia en lugar de la cooperación (Catalá Oliveras, 2004: 15-16), más aún en un país que no ha desarrollado su propia economía y ubicado en una región, la caribeña, que reclama la colaboración para superar proverbiales obstáculos históricos.

NOTAS

1. N. de E.: [sic].

REFERENCIAS

- Amin, Samir. (1999). *El capitalismo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Anderson, Robert W. (1986). Luchas universitarias de la reforma. *Revista de Administración Pública* XVIII (2): [s.p.]. Universidad de Puerto Rico.

- Aragunde, Rafael. (1996). *Sobre lo universitario y la Universidad de Puerto Rico*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Benson Arias, Jaime. (2003). Breve reflexión en torno a la mercantilización del economista y sus efectos sobre los discursos, la dinámica institucional y la disciplina de la Economía. *Congreso de investigación sobre la Universidad*. San Juan: Asociación Puertorriqueña de Profesores Universitarios (APPU).
- Callinicos, Alex. (1999). *Social Theory, A Historical Introduction*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Cao García, Ramón J. y Horacio, Matos Díaz. (1989). Tasa de rendimiento privado de la educación: un estimado para Puerto Rico. *Revista/Review Interamericana* XIX (1-2).
- Catalá Oliveras, Francisco A. (2004). *El callejón del sapo: teoría y gestión del cooperativismo*. San Juan: Huracán.
- Colón Reyes, Linda. (2006). *Pobreza en Puerto Rico: Radiografía del Proyecto Americano*. San Juan: Luna Nueva.
- Eagleton, Terry. (1998). Raymond Williams, Communities and Universities. *Keywords; A Journal Of Cultural Materialism* 1. Nottingham, Reino Unido: The Raymond Williams Memorial Trust Society.
- Eco, Umberto. (1995). La Edad Media ha comenzado ya. En *La nueva Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- El Nuevo Día*. (2004a). Advertencia de Rullán con el uso de antidepressivos. 24 de marzo de 2004.
- _____. (2004b). [s.d.]. 31 de mayo de 2004.
- _____. (2007a). Inyección para el desarrollo de nano ciencia y tecnología. 28 de mayo de 2007.
- _____. (2007b). Puerto Rico Substance Abuse Needs Assessment Program. Encuesta de la Administración de Servicios de Salud Mental y Contra la Adicción. 28 de mayo de 2007.
- Fanon, Frantz. (1985). *The Wretched of the Earth*. Harmondsworth: Penguin.

- Frambes, Buxeda, Aline. (1990). Las falsas expectativas del Plan del Caribe para la subregión a la luz de las experiencias de Puerto Rico. En *Puerto Rico en la economía política del Caribe*, ed. C. Gautier Mayoral, A.I. Rivera Ortiz e I. Alegría Ortega, [s.p.]. San Juan: Huracán.
- Freud, Sigmund. (1988). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. *Obras completas*, Vol. 11. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1989). Civilization and Its Discontents. *The Freud Reader*. P. Gay, ed. Londres: Vintage.
- Geiger, Roger L. (1993). Research Universities in a New Era: From the 1980s to the 1990s. En *Higher Learning in America 1980-2000*, ed. A. Levine, [s.p.]. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- González Díaz, Emilio. (1986). El populismo y la Universidad. *Revista de Administración Pública XVIII (2)*: [s.p.]. Universidad de Puerto Rico.
- González Ortiz, Beauregard. (1994). *Poder y participación en la UPR*. San Juan: Ediciones de política y administración.
- Gramsci, Antonio. (1996). *Selections From the Prison Notebooks*. Q. Hoare y G. Nowell Smith, eds. Londres: Lawrence and Wishart.
- Hall, Stuart. (1993). Encoding, decoding. En *The Cultural Studies Reader*, ed. S. During, [s.p.]. Londres: Routledge.
- _____. (1996). The problem of ideology: marxism without guarantees. En *Stuart Hall; Critical Dialogues in Cultural Studies*, ed. D. Morley y Kuan-Hsing Chen, Londres: Routledge.
- Harman, Chris. (2002). *A People's History of the World*. Londres: Bookmarks.
- Irizarry, Rafael L. (1986). La evolución de la estructura ocupacional y su impacto en los programas académicos de la Universidad. *Revista de Administración Pública XVIII (2)*: [s.p.]. Universidad de Puerto Rico.
- Kerr, Clark. (1991). *The Great Transformation in Higher Education 1960-1980*. Nueva York: State University of New York Press.

- Larui, Abdallah. (1991). *La crisis de los intelectuales árabes*. Madrid: Libertarias/Prodhufo.
- Le Goff, Jacques. (1999). *La civilización del occidente medieval*. Barcelona: Paidós.
- Lucas, Christopher J. (1994). *American Higher Education; A History*. Nueva York: St. Martin's Griffin.
- Luscombe, David. (1997). *Medieval Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Manifiesto de los docentes sin plaza – APPU (2007). *Apuesta 2*. San Juan.
- Mariátegui, José Carlos. (1989). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Mattos Cintrón, Wilfredo (1986). Aspectos sociopolíticos y económicos en la década de la reforma universitaria. *Revista de Administración Pública XVIII (2)*: Universidad de Puerto Rico.
- Medina Piña, Nilsa. (2003). El desarrollo económico comunitario: papel de la Universidad en la formación integral del liderato empresarial comunitario. *Congreso de Investigación sobre la Universidad*. San Juan: APPU.
- Meléndez, Héctor. (1998). Historia ambigua; inercia de la nación cultural. *Revista de Ciencias Sociales Nueva Época 5*: 137-73. Universidad de Puerto Rico.
- Montes Bello, Alba. (2007). Las condiciones de trabajo de los profesores en la universidad neoliberal: 2 (superexplotación). *Apuesta 2*. San Juan.
- Morley, David. (1996). EurAm, modernity, reason and alterity: or, postmodernism, the highest stage of cultural imperialism? En *Stuart Hall, critical dialogues in cultural studies*, ed. D. Morley y Kuan-Hsing Chen, [s.p.]. Londres: Routledge.
- Negrón Díaz, Santos. (1986). Aspectos económicos de la educación superior en Puerto Rico. *Revista de Administración Pública XVIII (2)*: [s.p.]. Universidad de Puerto Rico.
- Newson, Janice A. (2007). Codes of Ethics Regimes and the Commercialization of University-based Research. *Apuesta 2*. San Juan.

- Pantojas García, Emilio. (1990). Crisis del modelo desarrollista y reestructuración capitalista: hacia una reflexión del rol de Puerto Rico en la economía hemisférica. En *Puerto Rico en la economía política del Caribe*, ed. C. Gautier Mayoral, A.I. Rivera Ortiz e I. Alegría Ortega, [s.p.]. San Juan: Huracán.
- Pérez Rivera, Olga. (2007). La Universidad como productora de profesionales para la economía del conocimiento. *Claridad*, 26 de abril al 2 de mayo de 2007.
- Primera Hora*. (2004). As el boricua de actos violentos. 25 de junio de 2004.
- Pundik, Juan. (2003). *¡No quiero pensar! Un enfoque psicoanalítico de la inteligencia emocional, la psicósomática y las drogas*. Madrid: Filium.
- Quintero Rivera, Ángel G. (1993). La ideología populista y la institucionalización universitaria de las ciencias sociales. En *Del nacionalismo al populismo; cultura y política en Puerto Rico*, ed. Silvia Álvarez Curbelo y María Elena Rodríguez Castro, [s.p.]. San Juan: Huracán.
- Rivera Nieves, Irma. (1993). El orden del discurso en Puerto Rico: Las clases intelectuales de Puerto Rico; su estado actual, causas que lo sostienen y medios de propender al adelanto moral y material de dichas clases. *Postdata* (6-7): [s.p.]. (San Juan.)
- Rivera Ortiz, Ángel Israel. (1990). Cambios en el sistema económico y político mundial y su impacto sobre una mayor autonomía relativa para el Caribe y Puerto Rico. En *Puerto Rico en la economía política del Caribe*, ed. Carmen Gautier Mayoral, Ángel Israel Rivera Ortiz e Idsa Alegría Ortega, [s.p.]. San Juan: Huracán.
- Rodríguez Ward, Ana M. (2003). La arrogancia del poder irrestricto. *Congreso de Investigación sobre la Universidad*. San Juan: APPU.
- Ross, Andrew. (1993). The popularity of pornography. En *The Cultural Studies Reader*, ed. S. During, [s.p.]. Londres: Routledge.
- Rúa, Pedro Juan. (1988). *Resistencia nacional y acción universitaria*. San Juan: Edil.

- Ruiz Marrero, Carmelo. (2005). *Balada transgénica; biotecnología, globalización y el choque de paradigmas*. San Juan: Proyecto de bioseguridad.
- Said, Edward. (1994). *Culture and Imperialism*. Londres: Vintage.
- The San Juan Star*. [s.d.]. 6 de noviembre de 2002.
- _____. (2007). AAV: PR is ready to serve as an R and D force. San Juan: *The San Juan Star*, 9 de mayo de 2007.
- Universidad de Puerto Rico (UPR). (2007). *Visión Universidad 2016. Plan estratégico Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras*. San Juan: UPR.
- Vélez Cardona, Waldemiro. (2006a). La reestructuración neoliberal de la Universidad de Puerto Rico. Ponencia ante el Foro Social de Puerto Rico.
- _____. (2006b). Reforma universitaria, autonomía y producción de conocimientos. Policopiado.
- Zambrana, Luis G. La situación mundial de las drogas. *El Nuevo Día*, 16 de junio de 2004.
- Zermeño, Sergio. (2005). *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*. México: Oceano.